

El jagüel o el método del padre

Le pregunté a mi padre: “¿Ustedes no tenían miedo de que me cayera?”. Me dijo: “No. Porque te ponías tan contenta”. Como si la felicidad hubiera sido un escudo



Una niña junto a su padre y a su abuelo en un parque.
IPPEI NAOI (GETTY IMAGES)



LEILA GUERRIERO

05 ABR 2023 - 05:00 CEST



Salgo a correr al ritmo de *Sinnerman* en la voz pasmosa de [Nina Simone](#). Al final, no siento el cuerpo. Se corresponde con lo que me pasa: tengo el sistema asaltado por una sobreabundancia de exaltación y oxígeno que me

hace levitar. Pasará pronto. Mientras, la llevo dentro de mí. El domingo hablé con mi padre y me contó algo. Cuando yo era chica, íbamos a menudo a un campo de la familia. Era inmenso y había un jagüel, un pozo de agua con una boca de unos 20 metros, bastante profundidad y agua en el fondo. La boca del foso estaba rodeada por una pared baja de ladrillos. Tengo imágenes imprecisas de ese campo: lomas, cactus extraordinarios que seguramente invento, un arroyo. No recuerdo el jagüel. Pero, según mi padre, a mis ocho o nueve años él y mi madre me sentaban sobre la pared que rodeaba la boca, me daban una caña y yo pescaba ranas del fondo. Un día, dijo, fuimos con mi abuelo que, al ver la escena —nena sentada en la cornisa sobre un agujero enorme y profundo—, se enfureció. Les dijo que estaban locos, buscó una soga —éramos gente equipada—, me la ató a la cintura y se mantuvo aferrándome con su paciencia de abuelo hasta que nos fuimos. Le pregunté a mi padre: “¿Ustedes no tenían miedo de que me cayera?”. Me dijo: “No. Porque te ponías tan contenta”. Como si la felicidad hubiera sido un escudo. Como si sostenerme en el borde no hubiera sido un problema sino una promesa: si mantenía la templanza y sentía indiferencia por esa forma específica del peligro, nada malo iba a suceder. La vida se encarga de desmentir las cosas que aprendimos en la infancia pero avanzamos, tozudos, con la idea de volver a encontrarlas, pendulando entre el método del padre —la felicidad nos protege— y el método del abuelo: atarnos a una soga. La sobreabundancia de exaltación y oxígeno proviene de que, por estos días, estoy aplicando el método del padre. Que dure. Que contagie.

SOBRE LA FIRMA



Leila Guerriero

Periodista argentina, su trabajo se publica en diversos medios de América Latina y Europa. Es autora de los libros: 'Los suicidas del fin del mundo', 'Frutos extraños', 'Una historia sencilla', 'Opus Gelber', 'Teoría de la gravedad' y 'La otra guerra', entre otros. Colabora en la Cadena SER. En EL PAÍS escribe columnas, crónicas y perfiles.